

MI EXPERIENCIA CON EL ANUARIO

Raúl O. Fradkin¹

A Gara y Jorge, la seguimos

Cuando el *Anuario IEHS* llegaba a su nº 20 se me pidió una evaluación de su trayectoria y su contribución.² La tarea fue desafiante y, por cierto, no tuvo el alcance que hubiera merecido la riqueza de esta experiencia editorial universitaria. Sin embargo, vuelvo a leer lo que escribí y creo que mantiene su vigencia. Veinte números y años después, los editores vuelven a desafiarme y me solicitan una reflexión sobre mi trayectoria de investigación vinculada a la historia agraria y su presencia en las páginas del *Anuario*. Aunque me resulta incómodo, no puedo negarme por todo lo que significaron para mí el *Anuario* y el IEHS.

Afirmé entonces que el *Anuario* era una experiencia desplegada a través de una potente combinación de tradición e innovación que expresó una firme voluntad de propiciar nuevos modos de hacer historia, sacar a la historiografía argentina de su ensimismamiento y franquearla decididamente a la americanista. Aunque abierto a los más diversos temas, tuvo en sus comienzos tres ejes principales, “Estudios sobre el mundo rural”, “Estado y política en la Argentina” y “Debate e Historiografía” y una rica saga de *dossiers* temáticos. No tardó en hacerse evidente que los centros de interés no dejaban de multiplicarse y esos mismos ejes se fueron ramificando, transitando por diferentes vertientes y combinándose de diversas maneras.

Varios de los artículos que podían integrarse entre los “Estudios sobre el mundo rural” tuvieron enorme incidencia historiográfica, aunque me resisto a ponderarla midiendo eso que suele denominarse como su impacto. No es dato sin importancia, si bien no necesariamente es un indicador de calidad. Había en mi opinión algo sustantivamente más importante: no se circunscribieron solo a lo que podría entenderse como “historia agraria”, sino que iban mucho más allá y hacia un territorio de contornos más difusos, que lo tornaba más atractivo y que prometía irradiaciones más amplias y diversas, como hace poco optamos por decirlo con María Elena Barral en un seminario dedicado a reconstruir esta experiencia. Vista con la perspectiva que ofrece el tiempo, tengo para mí que aquella denominación inicial que bien podía calificarse como imprecisa resultaba la más adecuada y operativa para lo que se pretendía: propi-

1 Universidad de Buenos Aires, Argentina.

2 2005. Una luz en las pampas. *Anuario IEHS*, nº 20, pp. 15-24.

ciar que el mundo rural fuera entendido en el sentido más amplio posible, evitar que el interés quedara circunscripto a un período o a una región e impulsar su multiplicación. Y, sin duda, eso se consiguió y no hubo que esperar mucho para que pudiera advertirse que empezaba a crecer la importancia de los estudios, sobre todo acerca del siglo XIX, y que se operara un decidido pasaje desde una historia específicamente agraria hacia una historia rural que desbordaba sus límites a medida que se entrecruzaba con otras líneas de investigación y otros campos de estudio. De alguna manera, aquella imprecisión demostró ser una ventaja para el desarrollo del campo, para irradiarse sobre otros y nutrirse de sus contribuciones.

Creo no equivocarme si sostengo que algo distinguió al *Anuario* desde su primer número: la voluntad de propiciar debates francos y abiertos que ayudaran a replantear modos de pensar los temas y problemas ya transitados a partir de nuevas preguntas, la exploración sistemática de nuevas fuentes y la puesta a prueba de nuevos métodos. Lo fértil que demostró ser la puesta en acto de esa voluntad puede confirmarse a través de la incidencia de varios debates que se suscitaron desde el *Anuario*, entre ellos obviamente la repercusión, que en aquel momento no dejaba de ser sorprendente, que tuvo el debate sobre la mano de obra rural en la pampa colonial en el n° 2 y que mantuvieron Carlos Mayo, Samuel Amaral, Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman. No voy a ser quien ponga en duda el atractivo que tuvo para incentivar e inspirar numerosas investigaciones sobre lo agrario y lo rural, pero me gustaría subrayar que había también en este número bastante más. Los artículos de Raúl Mandrini sobre la economía ganadera indígena pampeana, de Susan Socolow sobre los cautivos y de Pilar González Bernaldo sobre el levantamiento rural de 1829 y el debate demostraban que habían madurado las condiciones para que se operara un cambio sustancial: que temas “clásicos” no solo de la historiografía, sino de la cultura nacional (como la estancia, los estancieros, los gauchos, la frontera o el ascenso de Rosas al poder) podían ser reexaminados mediante el escrutinio de nuevas fuentes, la relectura crítica de otras ya conocidas apelando a nuevos enfoques que en buena medida se inspiraban en la mejor y más actualizada historiografía americanista. Por supuesto, ello era factible porque había tradiciones de investigación en las cuales varios historiadores argentinos –entre ellos algunos miembros del IEHS– y aún aquellos que no estaban interesados especialmente en la pampa colonial ya habían tenido incidencia decisiva.³ Y también las nuevas condiciones institucionales, pues ellas solas hicieron posible que terminaran de madurar investigaciones de largo aliento que permitieron la publicación de libros cruciales en los años 80 y 90 que respondían a preguntas y a problemas que habían comenzado a identificarse mucho antes.

3 Una de las decisivas la examinó Jorge Gelman al dejar en claro la influencia que tuvieron en los nuevos estudios rurales rioplatenses los que había desarrollado Assadourian sobre los Andes: 2012. Una historia dada vuelta. Los aportes de C. S. Assadourian a la historia económica y agraria rioplatense, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], Débats, disponible el 05 de diciembre, consultado el 6 de julio de 2020. URL: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/64714>; DOI: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.64714>.

Ya los dos primeros números del *Anuario* expresaron el nuevo momento historiográfico y las posibilidades que se abrían si se combinaban la voluntad de innovación con una recuperación reflexiva y creativa de algunas tradiciones. Y no tardaría en demostrarse que la historia agraria y rural no venía solo a contribuir a desarrollar una nueva fase en nuestra historia económica con la que estaba indisolublemente ligada, sino que también podía enriquecerse si entablaba fructíferos cruces con otras formas de hacer historia, como la política y la cultural, se nutría de ellas y, a la vez, irradiaba sus efectos sobre ellas. Fue justamente en ese momento que inicié mi larga relación con el IEHS y lo hice cuando daba mis primeros pasos en el ámbito académico. De este modo, aunque nunca lo integré, fue una parte decisiva de mi formación.

Todo sucedió muy rápidamente y solo me permito relatarlo porque los editores del *Anuario* para eso me convocaron. En agosto de 1986 ya trabajaba en la Universidad Nacional de Luján junto al inolvidable Daniel Santamaría y fue cuando presenté por primera vez una ponencia en las Primeras jornadas para promover Investigadores en Historia Argentina que allí se organizaron; no lo hubiera hecho, justo es reconocerlo, sin el impulso que me dieron Haydée Gorostegui y José Luis “Pepe” Moreno. No fue un momento más en mi vida y no solo porque era mi primera vez. Fue allí que conocí a Juan Carlos Garavaglia y a Juan Carlos Grosso, quienes después de escucharme me invitaron a presentar una ponencia a las VIII Jornadas de Historia Económica que al mes siguiente se realizaron en Tandil. En ellas conocí a Jorge Gelman, quien fue mi primer comentarista en este tipo de eventos, a otro incansable animador de nuevas formas de hacer historia como fue Raúl Mandrini y tuve la alegría de reencontrarme con Carlos Mayo, quien había sido mi profesor y “culpable” de mi interés por la historia colonial. Las jornadas –perdón, pero debo decirlo– no solo sirven para conseguir certificados y pueden llegar a ser momentos inolvidables. Lo dije muchas veces y no me cansaré de repetirlo: tuve la inmensa suerte de conocer y tratar a algunos de nuestros mejores historiadores, gente no solo muy capaz, sino también muy generosa, gente que contagiaba entusiasmo y compromiso por esta profesión y practicándola enseñaba cómo ejercerla.

Para mí esas jornadas fueron experiencias decisivas. Yo era profesor de historia (en rigor nunca dejé serlo desde que me recibí en 1979 y bien satisfecho y orgulloso estoy de haberlo sido), pero ni siquiera imaginaba que podría identificarme como un historiador. ¿Cuándo alguien se convierte en historiador? Quizás pueda ser útil a quien lea estas páginas el hecho de que a responder esta pregunta me ayudó una afirmación de José Luis Romero, a quien había leído y que desde entonces no dejé de compartir en cada curso o seminario: “¿Cuándo se empieza a ser un historiador? Como en todas las disciplinas, el día en que se adquiere autonomía intelectual, el día en que se descubre su propio tema. Y su propio tema es un tema en el que hay un enigma”.⁴ Si de eso se trataba, no podía dejar de lado los enigmas que me inquietaban pero esas jornadas me

4 Félix Luna, 1976. *Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con historia, política y democracia*. Buenos Aires: Timerman Editores.

enseñaron que ese descubrimiento –que inevitablemente es resultado de una experiencia personal– solo puede producirse si otros crean condiciones propicias y que ningún enigma podrá ser develado en forma individual, aunque la tarea imponga esfuerzo y perseverancia personal. Por momentos este oficio puede resultar bastante solitario pero fue y es un oficio colectivo. Requiere paciencia, persistencia e imaginación, pero es un trabajo colectivo que se inspira en el trabajo de otros y que está destinado a otros. Por eso, los resultados dependen de la construcción de una voluntad colectiva, difícil de organizar pero imprescindible para que podamos ser más creativos, persistir a pesar de las dificultades y para darle sentido a nuestro trabajo. Y sentí que era tan necesario como posible cuando me contagié del entusiasmo que transmitían quienes habían organizado el IEHS y el *Anuario*.

Tuve la suerte de que algunos de mis enigmas podían interesarles a quienes le estaban dando un renovado impulso a la historia rural. Era comprensible que así fuera, pues giraban en torno a problemas que, si bien clásicos, habían sido apasionantes y controvertidos. Podía, entonces, intentar inmiscuirme en ese campo de estudios que entraba en ebullición a partir de mis interrogantes, entablar una relación tan fructífera como desafiante y combinar mi apropiación reflexiva y selectiva de algunas tradiciones historiográficas con los conocimientos innovadores que se estaban produciendo y difundiendo. Y si lo hacía más o menos bien quizás encontrarían un sustento más firme a algunas intuiciones y, sobre todo, orientar mis desordenadas incursiones en las fuentes. Me convertí así en un lector apasionado y ansioso del *Anuario* mientras el IEHS se convertía en un activo centro de difusión, intercambio, discusión y estímulo a la imaginación.

No voy a cansar al lector describiendo mi dispersión de intereses de investigación y solo intentaré reponer lo que solo retrospectivamente puedo reconocer como una cierta lógica. ¿Quiénes eran y cómo eran los hacendados realmente existentes en Buenos Aires a fines de la época colonial? Había demostrado Halperin Donghi que no eran ni el grupo social dominante ni tenían una incidencia decisiva en la cúspide del poder social. Y encontré que, cuando intentaron desplegar alguna forma de acción social consistente y unificada, no pudieron conseguirlo. Y me sorprendió el hecho de que había sido su misma diversidad y sus contradicciones la que lo obturaba, pero también que coexistían con un universo mucho más amplio y diverso de criadores de ganado de muy diversa entidad que disputaban la condición de estancieros legítimos y que contradecían las visiones estereotipadas sobre ellos. Además, aun los “principales” eran mercaderes y comerciantes y parte de sus ingresos provenían de rentas y ganancias obtenidas a través de las propiedades urbanas y de la actividad agrícola. ¿Pero cómo se desplegaba esa agricultura? Para develarlo decidí examinar las formas que adoptaba el arrendamiento y la aparcería rural y ese examen me llevó a encontrar un universo social todavía más amplio y de perfiles aún más difusos. Para buscar soluciones a estos enigmas decidí buscar respuestas en las fuentes judiciales, pero no tardé en advertir que ese uso instrumental podía ser limitado y distorsivo y tenía que examinar cuidadosamente el funcionamiento de la administración de justicia en la campaña e indagar

los modos sociales y plebeyos de entender la justicia, la ley y la costumbre. Intenté hacerlo de una manera muy distinta a la empleada por la tradicional historia del derecho: rastreando evidencias de los modos en que se desplegaba la conflictividad social y el ejercicio del poder y la autoridad en el medio rural.

Y cuando ese examen se extendió al período revolucionario fue cuando sentí que había encontrado mi propio tema y mis verdaderos enigmas: ¿cómo y hasta qué punto se fue politizando la conflictividad social rural y cómo y en qué medida ella incidió en las formas y en la intensidad que adquirió la conflictividad política? Inevitablemente con ello se me abrió también la necesidad de reexaminar otro tema tradicional que había sido insatisfactoriamente estudiado: las formas de hacer la guerra, la incidencia que en ellas tuvo la movilización de las clases populares rurales y sus implicancias para el gobierno de los campos y para las formas de hacer política. Fue entonces que se me hizo evidente que circunscribir mi atención solo a la campaña bonaerense era un recorte inadecuado y distorsivo y que tampoco permitía entender acabadamente esa campaña. Indagarla había sido un paso necesario pero incompleto.

Nada estuvo planeado de antemano. Fueron las respuestas parciales y provisorias a algunas preguntas las que abrieron otras nuevas y más sugestivas. Fueron las búsquedas para resolver un problema las que derivaban en que se plantearan otros más atrapantes. Fue la lectura más atenta y cuidadosa de las fuentes las que sugería los caminos a seguir. Y, sobre todo, fue el mismo desarrollo de la nueva historiografía rural y los sólidos conocimientos que iba produciendo, por momentos a un ritmo frenético, en lo que me apoyé para formular nuevas preguntas y ensayar nuevas respuestas.

Tuve mucha suerte y debo repetirlo. El intercambio y la cooperación se convirtieron en una amistad inquebrantable e inolvidable con Juan Carlos Garavaglia y con Jorge Gelman sin quienes este campo de estudios y la historiografía argentina no hubieran sido lo que fueron.⁵ Y con su estímulo algunos avances que fui consiguiendo encontraron acogida en las páginas del *Anuario* o en libros que publicó el IEHS. Pero no es esto lo importante; me interesa mucho más recuperar dos iniciativas que creo que responden con mayor precisión a lo que me han pedido los editores. En primer lugar, me refiero a la sección que en 1997 se publicó en el n° 12 de la revista y que titulamos "Continuidades y rupturas en la primera mitad del siglo XIX en el Río de la Plata (mundo rural, estado, cultura)". Había pasado una década desde aquel debate publicado en el n° 2 y había sido tanto lo que habían avanzado los conocimientos que nos propusimos, junto a Juan Carlos Garavaglia, Jorge Gelman y Pilar González Bernaldo, proponer una publicación de trabajos que permitiera abrir una nueva fase de debates. Esta vez pudimos reunir colaboraciones extremadamente diversas y no necesariamente coincidentes de Raúl Mandrini, José L. Moreno y José Mateo, Oreste Cansanello, Noemí Goldman, Tulio Halperin Donghi, Jeremy Adelman, María E. Infesta,

5 Con enorme dolor y dificultad intentamos junto a Daniel Santilli esbozar una síntesis de su significado para nuestra historiografía: "Un encuentro fructífero. Los aportes de Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman a la historiografía argentina. 1987/2016", en 2020, *Historia Agraria*, n° 81, pp. 1-24.

Carlos Mayo, Ricardo Salvatore, Eduardo Míguez y cada uno de nosotros. La variedad de temas y perspectivas era muy amplia pero conviene recordar que explícitamente reconocimos que no solo no estaban todos los autores que nos hubiera gustado que participaran, sino también que eran trabajos limitados al área pampeana y a la primera mitad del siglo XIX. Lo que buscábamos no era ofrecer un nuevo canon interpretativo, sino abrir un debate franco sobre las continuidades y los cambios operados desde la época colonial en este territorio que no era para nosotros el que representara todo el territorio físico y menos el cultural de la Argentina pero sí en torno al cual se había construido una representación de la nación y de su historia que nos interesaba poner en discusión. Para ello, era necesario que los abordajes fueran lo más variados posibles en sus perspectivas interpretativas y analíticas, así como los temas, y que no podían circunscribirse a lo rural, sino abarcar hasta donde fuera posible el conjunto de la vida social. Así, era posible proponer una agenda de temas que necesitaban ser abordados más exhaustivamente y, entre ellos, los pueblos rurales, la formación de una “clase dominante”, sus relaciones con un Estado también en formación y la persistencia y capacidad de adaptación de las unidades campesinas, a pesar de los notables cambios operados en la estructura productiva y social. Era necesario deshacerse del lastre de pensar los períodos como “eras geológicas” y ciertos momentos de inicio del relato como una suerte de “punto cero”; en definitiva, lo que queríamos impulsar era una perspectiva temporal más larga, es decir, más histórica.

Emprendimos la segunda iniciativa junto a Jorge Gelman cuando propiciamos en 2009 una reunión de la Red de Estudios Rurales que habíamos fundado en el Instituto Ravignani en 1995, junto a José Luis Moreno, con el expreso propósito de constituir un espacio colectivo de discusión que abaricara a investigadores de todo el país, superando las especializaciones o los períodos que les interesasen. Esta vez el objeto era discutir el libro que acababa de publicar Juan Carlos Garavaglia, un debate que el *Anuario* decidió publicar en el nº 25 de 2010: “Rupturas y continuidades en el agro bonaerense: debates en torno a *San Antonio de Areco, 1680-1880. Un pueblo de la campaña, del Antiguo Régimen a la modernidad argentina* de Juan Carlos Garavaglia”. Contamos esta vez con la participación de Darío Barrera, Eduardo Míguez, Roy Hora, Juan Manuel Palacio y el propio Juan Carlos. Como sostuvimos en su presentación, el libro contenía un desafío poco frecuente que fue encarado decididamente: si ya podía considerarse como una adquisición para la historia agraria el cruce de la frontera imaginaria que antes se establecía en 1810 y allí Juan Carlos le daba una nueva vuelta de tuerca atravesando otra frontera, tanto o más fuerte en nuestro imaginario historiográfico, la que separa la historia pre y post-Caseros. Quien se disponga a leer este debate encontrará que fue intenso, y si se quiere por momentos ríspido, pero era lo que merecía una investigación de tan largo alcance que lejos de cerrar la cuestión ofrecía bases sólidas para encararla decididamente.

Quince años después, puede decirse que mucho es lo que se ha avanzado al respecto pero no es este el momento adecuado para evaluarlo. Sin embargo, creo necesario

subrayar que uno de los rumbos más renovadores y firmes que tomaron los estudios rurales fueron las investigaciones sistemáticas, colectivas y simultáneas que impulsó Jorge Gelman sobre la historia de las desigualdades. Quien quiera conocer cómo esta renovadora forma de hacer historia de un problema de acuciante vigencia (política y social, pero también de decisiva importancia historiográfica) fue uno de los resultados de aquel impulso renovador de los años 80 encontrará una guía en el testimonio que Jorge publicó y no casualmente en el n° 32 del Anuario de 2017 y que, de alguna manera, puede ser leído como su invitación a continuar su tarea.⁶ Antes, en 2012, en el n° 27, el *Anuario* también había incluido un *dossier* coordinado por Marcelino Irianni que pocos años antes también era difícil de imaginar: “La pampa, flora, fauna y gente, siglos XVIII y XIX”. Se lo podría corroborar consultando muchas otras publicaciones, pero quizás convenga reparar en los comentarios que hizo Halperin Donghi en 2012 a propósito de la aparición de los dos primeros volúmenes de la Historia de la Provincia de Buenos Aires que publicaron Edhasa y Unipe bajo la dirección de Juan Manuel Palacio.⁷ Las irradiaciones que se produjeron desde los estudios rurales fueron mucho más diversas y no viene al caso exponerlas ahora. Solo quise dejar constancia de la importancia que tuvieron el *Anuario* y el IEHS para que estos desarrollos y esas irradiaciones fueran posibles. Sin embargo, y no puedo dejar de decirlo, y aunque los estudios rurales continuaron estando presentes en las páginas del *Anuario*, lo cierto es que fueron perdiendo la centralidad que tuvieron para convertirlo en un emprendimiento editorial que ocupó un lugar decisivo en la renovación de los modos de hacer historia en nuestro medio. Las razones pueden ser múltiples, pero quizás estas notas inciten a muchas y muchos jóvenes a descubrir las posibilidades que pueden encontrar en los estudios rurales. Gracias a todos en el *Anuario*, los que están y los que ya no están.

6 Jorge Gelman, 2017. De la historia agraria a la historia de las desigualdades. Un recorrido y varios homenajes. *Anuario IEHS*, n° 32(2), pp. 47-58.

7 Tulio Halperin Donghi, 2012. Recuerdos de provincia. https://www.clarin.com/rn/ideas/Recuerdos-provincia_o_BJ6mmnX2PQx.html.